

RESEÑA DE / REVIEW OF: Andrés-Gallego, José: *Francisco Butiñá S.J. y las butiñanas (1834-1899)*, Editorial Y griega, Madrid, 2021, 623 págs. ISBN: 978-84-17280-68-0 / *La hora de Isabel Maranges (1899-1922)*, Editorial Y griega, Madrid, 2021, 513 págs. ISBN 978-84-17280-65-9 / *La expansión de las Hijas de San José en la encrucijada del siglo XX*, Editorial Y griega, Madrid, 2021, 365 págs. ISBN 978-84-17666-50-7.

POR

FEDERICO MARTÍNEZ RODA¹

Universidad Católica de Valencia

Estos tres libros constituyen una trilogía que abarca el período 1836-1968, y el tema es el que, sin las fechas, expresa el título del primero: *Francisco Butiñá S.J. y las butiñanas*. Se trata de la historia de estas últimas. Solo que eso requiere trazar primero la biografía de la persona que creó en 1874 una asociación de mujeres que querían vivir una vida de piedad que fuese conciliable con el trabajo manual y, de esa forma, lo santificaran. Acabaría convertida en Instituto de Hijas de San José.

Se trata de uno de los centenares de instituciones femeninas que se fundaron en el mundo católico en el siglo XIX. La importancia de este fenómeno en la «emancipación» de la mujer se ha puesto de relieve en la bibliografía especializada. En efecto, para muchas mujeres, esas asociaciones fueron un camino de «realización» personal, distinta del matrimonio, al que no se sentían llamadas. La mayoría de las que se incorporaban a ellas llevaban a cabo actividades asistenciales de todo tipo, incluidas la sanidad y la enseñanza de manera especial. En esos y otros ámbitos, llegaron a formar parte del entramado de la sociedad respectiva hasta el punto de que, ante muchos historiadores, su carácter de pacífica «emancipación» femenina y de verdadero «feminismo católico» ha pasado desapercibido y, sin embargo, constituye un elemento esencial de la historia de esa época incluso desde el punto de vista económico, por citar el que puede parecer más lejano. Si el orden económico no puede existir en ningún caso sin lo que se ha llamado la «reciprocidad fraterna», en la que unos dan más a cambio de menos, este de los institutos llamados «de vida activa» ha sido uno de los más importantes ejemplos en la historia económica de los últimos dos siglos, largos ya.

En cada uno de los volúmenes, la originalidad de las «butiñanas» —entonces conocidas como «josefinas»— se manifiesta de manera distinta, aunque solo sea porque la propia historia obliga a poner énfasis en aspectos muy dife-

rentes de lo que acaba de decirse. En el primero, se perfila la vida de Francisco Butiñá como la de quien fue miembro de una familia de tejedores catalanes hasta muy entrado el siglo XIX. En ella se refleja uno de los rasgos más relevantes la «feminización» de la práctica religiosa que se impuso en esa centuria, que es la frecuencia de la unión entre mujeres no solo piadosas sino de tendencia política antiliberal y varones de inclinaciones liberales, a quienes no agradaba —a cada uno en su medida— lo que consideraban intromisión del clero en la vida familiar y en la política. Se refleja asimismo la sobriedad con que vivían esas familias, fueran cuales fuesen sus convicciones, y aspectos tan distintos como la ruptura (o la suavización si se prefiere) de la añeja doctrina contra la usura a la hora de hacer rentables incluso los pequeños capitales.

Lo singular de esa biografía, sin embargo, fue la preocupación por las mujeres trabajadoras que se desarrolló en Francisco Butiñá precisamente en el medio en que vivía. Convertido en jesuita, desarrolló una actividad literaria muy amplia, cuyo tema principal era poner a los obreros, como ejemplo, a san José y la Sagrada Familia. Por otra parte, las horas que empleaba en el confesonario le llevaron a comprobar que no pocas obreras sentían vocación religiosa y no tenían el dinero imprescindible para aportar la dote que exigía el concordato vigente. Unió esta carencia con la dedicación al trabajo manual y acabó por gestar un instituto religioso que albergara, en su propia casa, un taller textil y consiguiera así que el beneficio económico resultante de trabajar en él constituyera la dote requerida. Al expresarlo en los primeros textos definitorios de la asociación, eso no tardó en acuñar la expresión «santificación del trabajo», referido siempre al manual. Concepto que años después tendría un mayor desarrollo.

El segundo volumen, dedicado en gran medida a la visita apostólica decidida en la curia romana en 1912 y prolongada hasta 1919, pone de manifiesto dos aspectos distintos, no menos importantes; el primero, la necesidad de contar con varones para todo lo dicho, desde capellanes a obispos

¹ fmroda@icav.es / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-5443-4395>

y desde el prefecto de la congregación romana correspondiente al propio papa. Esto era y es parte constitutiva de la articulación jerárquica de la Iglesia; pero la manera de tomar las decisiones ponía de relieve las notables carencias de la eclesiología que reflejaban cuando se referían a asuntos relativos a institutos femeninos. El recelo a la intervención de seglares en la resolución de los problemas y los prejuicios sobre el carácter de la mujer se ponían de manifiesto en ocasiones, y esta fue una de ellas de la forma dramática que se expone en el libro.

El segundo aspecto que llama la atención es la caracterología que latía en el conflicto que llevó a la visita apostólica. El instituto, catalán y nutrido por catalanas, había empezado a llamar la atención en los años setenta del siglo XIX por medio de las noticias que se daban en la prensa fuera de Cataluña y no tardaron en llegar las primeras vocaciones navarras, junto a las de otras regiones. En el siglo XX, el noviciado seguía en Gerona; pero las procedentes de esas otras regiones crecían más en proporción, y enseguida se pudo comprobar que el talante de las mujeres navarras, en concreto, no era el mismo que el de las catalanas; no entendían lo que consideraban actitudes que parecían confundir la obediencia con el servilismo ante la superiora general; alguna de ellas lideró un pequeño grupo en el que no faltaban catalanas y ese fue el punto de partida del problema que requirió la —tal vez desafortunada— intervención de Roma.

Mientras tanto, el pequeño instituto femenino fundado en Calella de la Costa había comenzado a extenderse, primero por toda Cataluña, luego por el resto de España y, al cabo, se había asomado a América. Ese proceso culminó en lo que constituye el contenido principal del tercer volumen, que cubre los años 1923-1968. En él, la historia se diversifica notablemente por la variedad de los tipos de destino en el que surgieron las nuevas comunidades en América y

Europa, aparte de España. Se percibe, en ese sentido, lo que supuso la gran emigración trasatlántica de italianos, españoles y gentes de otros pueblos europeos; eso abocó a una gran onda de fundación de nuevas ciudades en la América hispana del siglo XIX y del XX, a la formación de nuevas «minorías» dirigentes en ellas y a la consecuente necesidad de dotarse de los medios asistenciales y educativos, algunos muy importantes, a los cuales dieron vida las josefinas.

Pero llama tanto o más la atención la forma en que muchas de esas mujeres tuvieron que afrontar situaciones tan graves como la guerra de los cristeros en México y, sobre todo, la civil española de 1936-1939. En este último caso, hay que recordar que la mayoría de las comunidades se hallaban en Cataluña, que era el teatro de la difícilísima relación entre la Generalitat catalana y la CNT, sin olvidar la FAI. Lo singular, en este último caso, es que el relato rompe completamente con el estereotipo —verdad en tantos otros escenarios— de una persecución sistemática. Lo sucedido con las Hijas de San José, en conjunto, se acerca a lo insólito, y eso hasta el punto de abrir un campo de investigación que está por roturar en muchos otros ámbitos e institutos religiosos.

En la posguerra, las josefinas fueron uno de los institutos elegidos para atender los «hospitales-prisiones» que se abrieron por el nuevo régimen, y eso también refleja una situación conocida tan solo parcialmente.

El libro acaba cuando, tras el Concilio Vaticano II, las Hijas de San José se dispusieron a emprender la tarea a que instó Pablo VI en todas las congregaciones y órdenes religiosas: la de revisar su fidelidad al espíritu fundacional y, tras ello, concluir si su modo reglamentario de vida requería modificaciones y si las actividades que desempeñaban se adecuaban a todo ello. Pero esa es otra historia.